

John Skirius

VASCONCELOS: DE LA REVOLUCIÓN A LA EDUCACIÓN



Desde antes de la Revolución, en 1909, José Vasconcelos expresó su preocupación por la educación de las masas. En aquel año se alió con Francisco Madero y dirigió el periódico *El Anti-reeleccionista*. Desengañado de las promesas del positivismo —el progreso material a través del orden y de la ciencia— y disgustado por la política económica elitista de Porfirio Díaz y sus consejeros Científicos, Vasconcelos destacó la urgencia de elevar a las masas de su ignorancia y pobreza mediante la educación, porque la alternativa sería una reivindicación sangrienta, ciega y brutal. He aquí sus palabras elocuentes en el periódico maderista:

El cultivo de la raza, el aumento de su potencia vital, es la función más alta del gobernante en un país como el nuestro. Los esfuerzos por educarla son más meritorios aún desde el solo punto de vista económico, que todas las combinaciones financieras, porque todo progreso económico es falso desde el punto de vista nacional, si no se basa en la mayor potencia productora del operario mexicano y el aumento paralelo de sus necesidades de consumo. Mientras los pueblos siguen en la condición de gleba iletrada y sin aspiraciones, el progreso económico, que debe consistir en el aumento del bienestar general, es imposible. Cuando un pueblo muestra como el nuestro grandes empresas, y tesoros en sus arcas, en contraste con la ignorancia de las masas y la pobreza angustiosa de la mayoría del pueblo, pobreza no proveniente de apatía sino de escasez de trabajo medianamente remunerado, ese pueblo es el tipo del país mal gobernado. Antes que el progreso de las finanzas hay que fomentar el adelanto del habitante.¹

Vasconcelos, abogado de veintiocho años, participó enérgicamente en la campaña presidencial de Francisco I. Madero en 1910. Se atrevió a atacar a Porfirio Díaz en la prensa, y pagó con el exilio, volviendo a México unos meses después para celebrar el Centenario de la Independencia. Dio una conferencia en el Ateneo de la Juventud en la cual criticó el positivismo envejecido, la ideología predilecta de la época porfirista. Después de tomar parte en el fracasado complot de Tacubaya en 1911 para derrocar a Díaz, se encontró en el exilio, esta vez como agente confidencial de Francisco Madero en Washington, D.C. Su excelente dominio del inglés lo ayudó mucho como diplomático de los insurgentes en los Estados Unidos. Después de la toma de Ciudad Juárez y la caída de Porfirio Díaz, regresó a México iluminado por el prestigio de ser un hombre de confianza de Francisco Madero, quien pronto iba a ser elegido como primer Presidente revolucionario.

En vez de aceptar el puesto de Subsecretario de Justicia que Madero le ofreció, Vasconcelos siguió ejerciendo la abo-

gacía y actuando como Presidente del Ateneo. En la etapa revolucionaria del Ateneo, sus miembros se interesaron en la reivindicación cultural de las masas. Inspirados por la Universidad Popular, vinculada a la Universidad de Oviedo en España, que Don Rafael Altamira había dado a conocer en su visita a México en 1910, los ateneístas se dedicaron a desarrollar programas que más tarde servirían de modelos a Vasconcelos, futuro Secretario de Educación Pública. Llevaron la música y la literatura a la clase obrera; ofrecieron cursos prácticos para hombres y mujeres en aritmética, idiomas, mecanografía, electricidad aplicada, pequeñas industrias y artesanías; iniciaron cruzadas en contra del alcoholismo y en favor de la higiene sexual, la medicina preventiva, y las premisas morales y económicas de la familia. Vasconcelos no sólo ayudó en la organización de la Universidad Popular, como Presidente del Ateneo, sino que también enseñó en ella. Si el esfuerzo se limitó a ciertos sectores obreros en la capital, prefiguró las magnas reformas educativas de los años veinte. Se despertó en los intelectuales del Ateneo una conciencia social fundada en una ética de caridad, o desinterés, “atelesis”, para usar el término acuñado por ellos.

Después del asesinato de Madero, Vasconcelos se alistó en el carrancismo para derrocar el gobierno del principal culpable, Victoriano Huerta. Aún llegó a ser un admirador ferviente de Pancho Villa mientras éste respaldó a Carranza en la lucha contra el enemigo común. Al apoderarse de la ciudad de México, Carranza nombró a Vasconcelos Director interino de la Escuela Nacional Preparatoria. El nuevo Director declaró su anti-militarismo y su anti-clericalismo frente a alumnos y profesores: condenó “las manos usurpadoras que pusieron sobre el pecho limpio de los jóvenes los uniformes y las insignias viles de una casta despreciable... Allí están algunos centenares de traje carnavalescos que quemaremos luego... No alzarán cabeza clero y ejército...”²

Vasconcelos asistió a reuniones clandestinas de los que se sentían desafectos para con Carranza y que veían en Pancho Villa el único caudillo posible. Por no mostrar su adhesión incondicional a Don Venustiano, Vasconcelos recibió el cese como Director de la Preparatoria, apenas un mes después de su nombramiento. Pronto fue encarcelado; aunque una semana después se escapó de la Inspección de Policía y huyó a Aguascalientes para participar en la Convención de los militares y civiles allí reunidos para oponerse a Carranza. Pancho Villa había prometido apoyar al civil, Lic. Eulalio Gutiérrez, para formar un nuevo gobierno, y en el primer momento de esta alianza. Vasconcelos se acercó al Licenciado, quien resultó electo Presidente por la Convención de Aguascalientes. Pudo haberle llamado la atención al nuevo Presidente el que Vasconcelos fuera autor de un documento que explicaba por qué la Convención de Aguascalientes era so-



José Vasconcelos

berana como Asamblea Revolucionaria. En dicho manifiesto nuestro intelectual desarrolló el pensamiento liberal radical compartido por muchos de los congregados, en el cual destacó el problema del agro:

La revolución se encuentra dueña del poder en un país que todavía conserva la organización feudal. Unos cuantos son los dueños de la tierra. La inmensa mayoría de los habitantes es propiamente proletaria. Los grandes terratenientes ni siquiera explotan debidamente sus propiedades, porque gran parte de sus tierras queda sin cultivo, pues son dueños apáticos, rutineros y egoístas. De esta manera privan a la mayoría de los mexicanos, no sólo de la propiedad de la tierra, sino de la oportunidad de trabajar esa tierra como arrendatarios o como labriegos. Esta terrible situación, apoyada en la fuerza de gobiernos tiránicos, y en la despiadada influencia del clero católico, ha sido la causa primera de todos nuestros males.³

El Presidente Gutiérrez quedó impresionado por el joven licenciado y lo nombró Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. En la ciudad de México, después de la entrada triunfal de Villa, quien todavía respaldaba al Presidente Gutiérrez, Vasconcelos anunció planes para la federalización de la educación pública. Contó con la ayuda técnica de Ezequiel A. Chávez en ese proyecto así como en el que garantizaba la autonomía de la Universidad Nacional como defensa ante la inestabilidad política reinante. Los dos proyectos quedaron frustrados precisamente por el vendaval revolucionario. Sin embargo, en los dos meses que se desempeñó como Ministro, Vasconcelos logró nombrar a colaboradores ilustres, entre ellos a Antonio Caso, que fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria. En el acto de posesión de Caso como Director, Vasconcelos criticó la poca energía moral del profesorado en general y se manifestó confiado en "la inspiración del genio" que iba a cambiar el espí-

ritu de la institución. A raíz del distanciamiento entre Gutiérrez y Villa en 1915, Vasconcelos se convirtió en "Ministro a Caballo", perseguido por las tropas villistas hasta cruzar la frontera con Estados Unidos.

Después de un largo exilio de cinco años, José Vasconcelos regresó a la ciudad de México en las filas triunfantes del General Obregón. El Presidente Adolfo de la Huerta lo nombró Rector de la Universidad Nacional en 1920, y desde ese puesto trabajó intensamente en la campaña para federalizar la educación pública. En 1921, con mucho esfuerzo se logró establecer la Secretaría de Educación Pública, y el Presidente Obregón otorgó a Vasconcelos el honor y la responsabilidad de ser el primer Director, dotándole de un presupuesto envidiable. La nueva SEP se dividió en tres departamentos: Escuelas, Bibliotecas y Archivos, y Bellas Artes. Este último se dedicó al fomento de la cultura nacional, tomando a su cargo "las instituciones oficiales de bellas artes, los museos y los monumentos históricos y artísticos, los monumentos arqueológicos, los teatros y representaciones teatrales, conservatorios de música, propaganda por medio del cinematógrafo y todos los demás establecimientos similares."⁴ El Departamento Escolar fue el eje de la educación de las masas. Vasconcelos dio prioridad al desarrollo de las escuelas rurales, las escuelas primarias, y los institutos técnicos, prestando menos atención a las exigencias de las escuelas preparatorias y las universidades.

Vasconcelos apoyó sólo a medias el programa de escuelas especiales para indígenas porque su propia filosofía social lo llevaba a la conclusión de que era preferible asimilar a los indios a través de la enseñanza del castellano y la integración total en las escuelas públicas. Tenía una antipatía particular por el sistema norteamericano de reservaciones indígenas que perpetuaban, según él, la segregación racial, cultural, lingüística y social que dificultaba el acceso al poder político y económico. El ideal vasconceliano de la raza cósmica, una

raza mestiza homogénea, lingüísticamente hispanizada, apoyaría la creación de una cultura auténticamente nacional.

Durante los años 1920-1923, hubo un crecimiento impresionante en el número de escuelas primarias oficiales, de maestros y de alumnos a escala nacional. Durante esos años, las tres categorías aumentaron en casi un cincuenta por ciento, para dar cifras aproximadas. La campaña de alfabetización, aunque ferviente en el entusiasmo, no tuvo un éxito rotundo, en parte por la inevitable improvisación, en parte por la falta de capacitación pedagógica.

La universidad, según Vasconcelos, tenía la misión de impartir enseñanzas de carácter práctico y científico con el fin de mejorar el bienestar económico de las mayorías anteriormente explotadas. El Secretario de Educación criticó a los profesionales, especialmente a los abogados, que vivían de la política o la burocracia; señaló que la educación había sido excesivamente verbalista. Hacía falta preparar una nueva generación de técnicos, ingenieros, mecánicos, y agrónomos al servicio de la colectividad. Esta política educativa suscitó cierto resentimiento de parte de profesores universitarios que habían esperado más apoyo para sus programas tradicionales.

Vasconcelos hizo mucho por difundir entre las masas las Bellas Artes y las Humanidades, aplicando algunas ideas de la Universidad Popular del Ateneo. El gobierno federal patrocinó conciertos y bailes folklóricos al aire libre, orfeones para obreros, orquestas, escuelas de arte y los murales pintados por Rivera, Orozco, Siqueiros, Mérida, Rodríguez Lozano, y Roberto Montenegro. A través de los Talleres Gráficos de la Nación, la SEP se encargó de publicar los clásicos de la literatura universal traducidos al español, en ediciones económicas, y libros de texto como la *Historia de México* de Justo Sierra y la *Geografía Universal* de Reclus.

Vasconcelos subrayó la importancia de estas ediciones en español para que los mexicanos no tuvieran que depender de ediciones en lenguas extranjeras. Según Josefina Zoraida Vázquez, esta decisión de editar los clásicos "y el supuesto intento de 'imponer' la cultura occidental a la población indígena de México, fueron fuente de constante ridiculización. En realidad el intento de Vasconcelos era más complejo, prestándoles el aliento que les permitiera mejorar las condiciones materiales de vida. Había que demostrar al pueblo que sus obras —música, artesanía, etc.— tenían valor, para devolverles algo que era más importante que todas las riquezas: el autorespeto."⁵

Vasconcelos fue el promotor de una solidaridad iberoamericana intelectual. Creía que, tomando conciencia de su cultura ibérica compartida, los latinoamericanos podrían formar una unión en la cual se borrarán barreras económicas y problemas de ciudadanía nacional. El filósofo educador soñaba con una utopía internacional, e hizo lo posible por hacer de México su meca cultural. Gabriela Mistral vino a México desde Chile para colaborar en la enseñanza de niños del campo; la poetisa y ensayista también compiló *Lecturas para mujeres*. Víctor Raúl Haya de la Torre huyó del Perú para establecer en la ciudad de México su Alianza Popular Revolucionaria Americana mientras dictaba cursos sobre la historia iberoamericana. Estudiantes e intelectuales de diversos países de Latinoamérica se reunieron y discutieron los problemas políticos del continente. Vasconcelos dio la pauta a la definición étnica y cultural de la soñada solidaridad: "Nosotros queremos la unión de los pueblos ibéricos, sin excluir a España y comprendiendo expresamente al Brasil; y tenemos

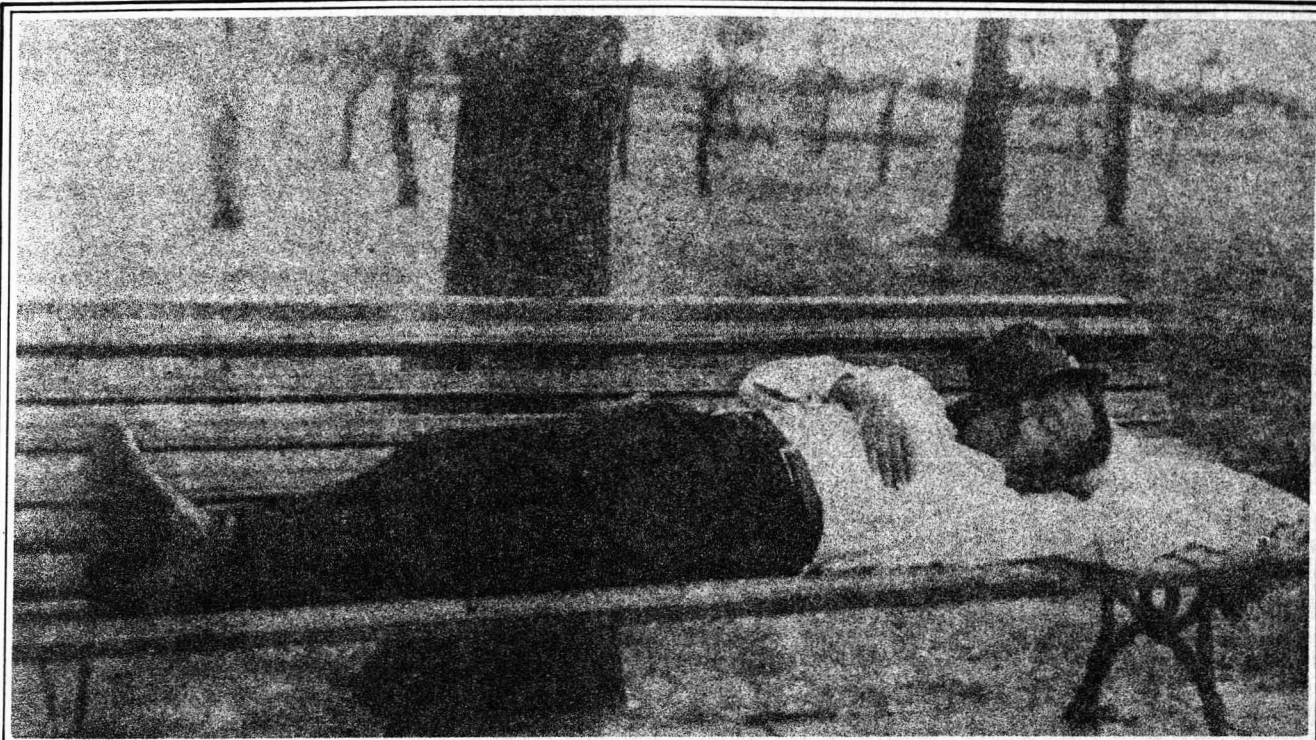
que excluir a los Estados Unidos, no por odio, sino porque ellos representan otra expresión de la historia humana."⁶

La educación rural floreció durante la época de Vasconcelos: al terminar su período había 722 Casas del Pueblo, 1,048 maestros rurales y 62 maestros misioneros que viajaban a todas las regiones para aconsejar a los maestros rurales y administrar los programas. Ya en 1884 José Martí había recomendado la preparación de maestros ambulantes a quienes dio el título honorífico de misioneros, por la devoción espiritual que su tarea exigía. Vasconcelos se inspiró en un antecedente mucho más antiguo: el de los misioneros católicos españoles de la época colonial, como Vasco de Quiroga, quien había enseñado artesanía y nuevos métodos de cultivo a los indígenas de Michoacán. Los misioneros de Vasconcelos, sin embargo, serían laicos. Tenían instrucciones para aprender las artes, artesanías y creencias indígenas. Los resultados de esa obra cultural serían exhibidos en las ciudades.

En el programa vasconceliano de la educación rural, se consideraba esencial la participación de toda la comunidad local. La escuela rural servía a los adultos tanto como a los niños. El propósito básico era el mejoramiento del bienestar económico de los educandos a través de un programa que acentuaba la importancia de la agricultura y de las industrias ligeras. Donde no existía una escuela, la población local debía construir una Casa del Pueblo que sería un centro de información para todos así como una escuela para los educandos. En las Casas del Pueblo debían funcionar Sociedades Cooperativas de Consumo con Bancos Refaccionarios que dieran crédito para proyectos locales, ya fueran de tipo individual o comunal. Las actividades se adaptaban a las estaciones del año, de manera que el maestro rural podía reducir el número de horas de clase durante la cosecha para que los padres no fueran privados de la ayuda de sus hijos. Además del alfabeto y la aritmética, se enseñaba la higiene, la moral (la abstención del pulque), la historia, el civismo y la educación física.

Los boletines de la SEP recomendaban aplicaciones prácticas en lugar del conocimiento enciclopédico que había caracterizado el programa de épocas anteriores. Por ejemplo, los alumnos de segundo año de primaria debían usar la aritmética para computar la cantidad de tierra que el campesino labraba cada día en su comarca, o debía calcular el costo del transporte de la cosecha. Al aprender a escribir, el alumno se familiarizaba con la correspondencia comercial y con temas de interés local. Las misiones culturales establecidas en 1923 eran grupos de especialistas ambulantes: entre ellos se contaba un jefe, un médico, un agrónomo, un maestro de "cultura estética", un instructor en industrias ligeras, un maestro carpintero, un forjador, un alfarero, un constructor de edificios, un curtidor, un jabonero, un jardinero, un maestro de economía doméstica y un cocinero. Se daba preferencia a los misioneros culturales que tenían un conocimiento de las lenguas indígenas y de las regiones que iban a visitar. Una de las metas era la revitalización de las artesanías locales en decadencia.

La educación técnica y vocacional en las ciudades tenía como propósito liberar a México de su dependencia de los expertos extranjeros. Se establecieron nuevos cursos en ingeniería eléctrica, mecánica y petrolera; en la fabricación de vidrio, la electroquímica, la fotoquímica, la curtiduría, la cerámica, la producción industrial de ropa, la mecánica automovilista, la metalurgia, la jabonería. Las escuelas comerciales enseñaban la contabilidad, la taquigrafía y la mecano-



Descansando de su gira política en Veracruz

grafía, en español y en inglés. Había cursos nocturnos para mujeres trabajadoras en costura, cocina, encuadernación, taquigrafía y mecanografía. La enseñanza del inglés, en reemplazo del francés, reflejaba la importancia de aquel idioma en el mundo comercial así como la relación especial que México tenía con los Estados Unidos. Por eso se requirió el estudio del inglés a los alumnos del magisterio.

Vasconcelos consideró que las escuelas nocturnas para obreros era una de sus iniciativas más importantes: por eso destacó la idea de que la clase trabajadora adulta podía y debía educarse para mejorar su condición económica y para elevar su nivel cultural. Las escuelas nocturnas enseñaban oficios prácticos, auspiciaban actividades sociales, culturales, y organizaban conferencias sobre problemas sociales—por ejemplo, sobre conflictos laborales o sobre la relación entre el capital y el trabajo. Incluso se repartió entre obreros y maestros un folleto de higiene sobre los anticonceptivos.

Vasconcelos explicó el deber de los universitarios de participar en las escuelas nocturnas para obreros: “los profesores y estudiantes se turnan para dar conferencias a los obreros sobre asuntos sociales de interés inmediato. Se les habla de cómo se organiza una cooperativa, qué es un sindicato, se les explica la historia de México, no encarada desde un punto de vista político, como antes se acostumbraba, sino desde un punto de vista económico y con vistas al momento presente.”⁷

La escuela primaria también fue objeto de innovaciones pedagógicas. El programa de desayunos escolares en el Distrito Federal, financiado por donaciones de los empleados en la SEP, se postuló en la idea de que los niños no podían concentrarse en sus estudios sin satisfacer antes el hambre. Se hizo obligatoria la práctica del deporte de la que antes estaban excluidas las niñas. La “Escuela de la Acción”, promovida por un grupo de colaboradores en la SEP, inclusive Eulalia Guzmán, y fundada en los principios de John Dewey, se inauguró en 1923 al nivel primario; Vasconcelos en un principio fue escéptico, pero en 1924 declaró que había tenido é-

xito. La pedagogía de John Dewey aconsejaba la actividad física para inculcar hábitos sociales a través de cuatro centros de acción: la nutrición, la defensa, la vida comunal y la correlación mental. Los niños no debían permanecer inmobilizados en el aula por mucho tiempo.

Hace falta aclarar que Vasconcelos sólo después de dejar la SEP renegó de la “Escuela de la Acción” y de la filosofía educativa de John Dewey. Sobre todo, en su libro de 1935, *De Robinson a Odiseo*, el filósofo educador denunció “el peligro Dewey” y advirtió que una pedagogía excesivamente técnica y utilitaria, cuya finalidad era la producción industrial, mecanizada, y capitalista, constituía una amenaza para los valores más espirituales, estéticos y humanos de la cultura latina, entendida al molde arielista de Rodó. Mientras dirigió la SEP, Vasconcelos no usó ese tipo de retórica maniquea. Al mismo tiempo que promovió al nivel popular las Humanidades y las Bellas Artes, insistió en expandir la educación técnica y práctica y en reducir las escuelas profesionales tradicionales. La evolución intelectual posterior de Vasconcelos, justificándose en ciertos postulados constantes de su filosofía, explica la actitud que adopta en 1935. Es decir, el hispanista anti-yanqui integró después cierta tendencia de su monismo estético, que superaba lo utilitario, a una polémica en contra del pragmatismo pedagógico anglosajón, al modelo de Dewey y su alumno Moisés Sáenz, vistos como avanzados de una conspiración yanqui protestante.

Otro aspecto de Vasconcelos educador en los años veinte que es necesario clarificar en relación con su evolución intelectual hacia la derecha después de 1930 es su pensamiento histórico en tanto que refleja una ideología liberal. A través de discursos y artículos publicados en periódicos y en boletines de la SEP, y en la publicación oficial, *El Maestro—Revista de Cultura Nacional*, Vasconcelos influyó decisivamente en la interpretación de la historia mexicana que se enseñó en las escuelas de aquella época.⁸ Desde el principio de su administración, hizo patente su crítica enérgica de las dictaduras militares en la América Latina, así como de toda la historia

mexicana. Defendió la democracia y predicó una conciencia social cristiana al estilo de Tolstoy. Su ataque vitriólico al dictador de Venezuela, Juan Vicente Gómez, causó un incidente internacional.

La historiografía de Vasconcelos durante los años 1920-1924 fue típicamente liberal, con la excepción de su apología de la herencia cultural hispánica en México. Vasconcelos enalteció las figuras precolombinas de Quetzalcoatl, dios de la civilización pacífica y educador de oficios, y Cuauhtemoc, el que resistió heroicamente la Conquista; condenó a Huitzilopochtli, dios azteca de la guerra. En la *Historia de México* escrita por Rafael Ramos Pedrueza y editada en *El Maestro-Revista de Cultura Nacional*, se describen favorablemente las culturas precolombinas. De la época colonial, Vasconcelos elogia a Bartolomé de Las Casas y a Vasco de Quiroga, los defensores y educadores de los indios, que sirven de modelos a sus propios maestros misioneros. Malos son "Cortés el Destructor" para usar la frase de Vasconcelos, y el Rey de España, pero no desprecia a España ni la cultura que trajo ella a México. Condena la alianza del Estado con la Iglesia en la explotación del pueblo mexicano, tanto en la época colonial como en el siglo XIX. Los héroes liberales decimonónicos también son los de Vasconcelos: Morelos, el libertador de los esclavos y revolucionario en favor de la independencia; Benito Juárez, en su lucha contra el clero, el terrateniente y el extranjero invasor. Después de la independencia, según Vasconcelos, "el poder fue entregado a los soldados españoles, representados por Iturbide, y la corte de Iturbide quedó construida por los mismos capitalistas, por los propietarios, por los grandes hacendados."⁹ "La abominable dictadura de Santa Anna" igualmente recibe el oprobio del Secretario de Educación.

Vasconcelos defiende la reforma educativa de Gabino Barreda, quien dio el tiro de gracia a la escolástica e impulsó el criterio científico al establecer la educación laica. Sin embargo, no es entusiasta de los excesos del positivismo al suprimir el estudio de las Humanidades. Asocia a Darwin y a Spencer, evolucionistas ingleses, con las actitudes racistas de algunas figuras de la época porfiriana como Francisco Bulnes. Según Vasconcelos, Porfirio Díaz "asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó toda las antiguas libertades y consumió alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o la astucia."¹⁰

La Revolución de 1910, dice Vasconcelos, luchó para reivindicar al pueblo rural bajo, y su héroe máximo fue Francisco Madero, "apóstol y mártir de la democracia", frustrado en sus esfuerzos de reforma social por la resistencia de los dos extremos políticos y por la traición de Victoriano Huerta y el Embajador Henry Lane Wilson. Ningún caudillo revolucionario es tan encomiado como Madero por el fiel maderista Vasconcelos. Al criticar a su enemigo personal, Carranza, cae en la caricatura: es un déspota militar oriental más, es otro Porfirio Díaz. Si la historiografía vasconceliana falla por su obvia falta de objetividad, muestra cierta consistencia en cuanto a sus propósitos ideológicos reformistas.

Mientras condena el papel nefasto de los grandes terratenientes, del clero y de los extranjeros que dominan la economía y orientan la cultura de las élites en México y en toda Latinoamérica, Vasconcelos como Secretario de Educación propone soluciones que responden a su análisis. Primero, aboga por una distribución más justa de la tierra: "Hay que dividir la tierra para que todos tengan patria"; "la base de

nuestro sistema educacional reside en una mejor distribución de la propiedad y de los productos del trabajo."¹¹ Segundo, asegura la construcción de muchas nuevas escuelas públicas y laicas, a pesar de cierta resistencia católica, sin tratar de cerrar las escuelas confesionales existentes. Tercero, es el profeta de una gran cultura nacional y hace todo lo posible por fomentarla con los recursos oficiales a su disposición. La contribución de la cultura universal a la ilustración de las masas es una parte íntegra de la formación de una identidad nacional. Al abrirse al mundo oriental y occidental, el mexicano descubriría su propia herencia doble, la indígena y la hispánica.

Vasconcelos educador no sólo fue el portavoz de algunos de los ideales de la Revolución por él anunciados en su período maderista y revolucionario, sino que también fue, en las palabras de Octavio Paz, "el fundador de la educación moderna en México."¹² El primer Secretario de Educación Pública federalizada, con su llamado apostólico y con su síntesis original de ideas provenientes de muchas partes y de diversos pensadores educativos, inspiró la labor de una generación entera de maestros y constructores de la utopía social. Cansados ellos de la destrucción, anhelaron realizar las metas populares de la Revolución. Octavio Paz acierta al decir que "en la tarea colaboraron poetas, pintores, prosistas, maestros, arquitectos, músicos. Toda, o casi toda, la 'inteligencia' mexicana. Fue una obra social, pero que exigía la presencia de un espíritu capaz de encenderse y de encender a los demás."¹³ En 1920, el fervor revolucionario del momento había sido propicio para un renacimiento cultural y una brillante reforma educativa: José Vasconcelos proveyó la chispa creadora.¹⁴

Notas

1. *El Anti-reeleccionista*, 31 de agosto 1909, p. 2.
2. *Boletín de Educación*, sept. 1914, pp. 39-42.
3. José Vasconcelos, *La tormenta*, México, D.F.: Ediciones Botas, 1936, p. 138.
4. Edgar Llinás Alvarez, *Revolución, educación y mexicanidad — la búsqueda de la identidad nacional en el pensamiento educativo mexicano*, México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 236.
5. Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*, México, D.F.: El Colegio de México, 1970, p. 140.
6. José Vasconcelos, *Antología de textos sobre educación*, México, D.F.: SEP/80, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 232.
7. José Vasconcelos, *Orientaciones del pensamiento en México*, Córdoba, 1922, p. 26.
8. Mi síntesis del pensamiento histórico vasconceliano durante 1920-1924 se basa en las fuentes siguientes: José Vasconcelos, "Discurso en el Congreso Internacional de Estudiantes," *El Maestro*, oct. 1921, pp. 9-13; José Vasconcelos, "Discurso pronunciado en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria," *Boletín de la Universidad*, marzo 1921, pp. 326-333; José Vasconcelos, "El problema de México," *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, enero 1923, pp. 511-532; Universidad Nacional de México, *El movimiento educativo en México*, México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación, 1922; José Vasconcelos, *Los últimos cincuenta años*, México, 1924; José Vasconcelos, "Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como misioneros," *Heraldo de México*, 22 de diciembre de 1922.
9. José Vasconcelos, "El problema de México," *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, enero 1923, pp. 511-532.
10. José Vasconcelos, *Obras completas*, México, D.F.: Libreros Mexicanos Unidos, Vol. II, 1958, p. 835.
11. Vasconcelos, *Antología de textos sobre educación*, p. 237, p. 286.
12. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 136.
13. *Ibid.*, p. 136.
14. Los dos estudios más completos sobre la obra educativa de Vasconcelos, de los cuales ha sacado información el autor, son: Claude Fell, *José Vasconcelos: les années de l'aigle (1920-1925)*, tesis doctoral, La Sorbonne University, 1978; y Emmett Partin, *The Life, Educational Ideas and Work of José Vasconcelos*, tesis doctoral de la University of Pennsylvania, 1973.